

LA BELLEZA DEL DEMONIO LA QUINTRALA

Novela histórica, dramática y bárbara que hizo Dn. Antonio Bórquez-Solar y que premió el Consejo Superior de Letras y Música de Chile.

IMPRESA DE MEZA HNOS.

SANTIAGO DE CHILE

1914

LA BELLEZA DEL DEMONIO LA QUINTRAIA

Novela histórica, dramática y bárbara que hizo Dn. Antonio Bórquez-Solar y que premió el Consejo Superior de Letras y Música de Chile.

A Don Enrique Matte
Vial,
muy cordialmente en
atd. s. El Autor.

IMPRENTA DE MEZA HNOS.

Mayo.

SANTIAGO DE CHILE

1914

LA BELLEZA DEL DEMONIO
LA QUINTRALA

OBRAS DEL AUTOR

POESIA

Campo Lírico.

La Floresta de los Leones.

PROSA (Ensayos de Estética)

El Dolor del Quijote.

Psicología Colectiva Aplicada.

La Epopeya Nacional.

Dilectos Decires.

NOVELA

La Belleza del Demonio, La Quintrala.

*Esta obra tiene médula de la más
verídica documentación histórica y
de medrosas tradiciones populares
muertas. A todo ello dijo el autor:
¡Yo os he de resucitar! ¡Yo os doy
la vida! ¡Id!*

Para confusión y espanto del Demonio de la Lujuria, del Demonio de la Ferocidad, y de todos los desgraciados poseídos de estos dos espíritus infernales.

I

PRELUDIO



I

PRELUDIO

Siglo XVII. El convento de San Agustín en la calle del Rey. Es el atardecer, ya muy avanzado, en un cielo de oro pálido y de violeta que se desvanece, lentamente, en un gris obscuro, en el cual comienzan a escintilar algunas estrellas por el lado de la cordillera azul, casqueada de blanco. El jardín del claustro está todo lleno de paz y del perfume delicioso de los

jazmines y naranjos en flor. Hay una como voluptuosidad del silencio. A veces un ledo soplo de aire hace estremecerse y cuchichear las verdes hojas, y los azahares caen con el temblor de las plumillas de nieve en un aire de melancolía. Tres frailes, sentados en un banco, a la entrada de una celda, hablan: Fray Cristóbal de Vera, venerable prior; fray Juan de Ulloa y el lego Pedro de Figueroa.

FRAY CRISTÓBAL

(Cuya voz es grave y profunda como la del cristal de un río)

—¿Dice, hermano Pedro, que sufre mucho?

EL LEGO

—Sufro, y ya lo habria dejado cien veces sin concluir si no fuera que hay una fuerza misteriosa que me empuja a la obra. Y todo está hecho: la rigidez de los músculos, el retorcimien-

to de la carne en el dolor de martirio... pero en el rostro no acierto con esa expresión de angustia y de horror que debe de tener el Cristo de la Agonía.

FRAY CRISTÓBAL

—¿De horror?

EL LEGO

—Sí, de horror y de ira.

FRAY CRISTÓBAL

—¿De ira?

EL LEGO

—Sí, de horror, de espanto, por las abominaciones futuras de los hombres; de ira, porque quisiera castigar a esos pecadores que se olvidarán del incruento sacrificio de su cruz

FRAY CRISTÓBAL

—Trabaje con fe en Dios, hermano, que él le inspirará una sublime obra de arte que se perpetúe en los siglos. Será el más preciado obsequio que podamos hacer a nuestra protectora.

FRAY PEDRO

—A Catalina de los Ríos... ¿Y por qué la apodarán la *Quintrala*?

FRAY CRISTÓBAL

—La opulenta familia Lisperguer nos ha protegido siempre, especialmente esta joven Catalina.

FRAY PEDRO

—Catalina de los Ríos Lisperguer dicen que es hermosa.

LEGO

—Ella, la *Quintrala*, es blanca más que la leche; es⁷ rubia^x como los trigales maduros que el viento peina... sí, es hermosa como la tentación; pero es mala su fama como la de su madre.

FRAY PEDRO

—¿Sabe algo de la madre, hermano lego? Cuente, hermano.

LEGO

—Si su paternidad lo permite... No diré sino lo que la gente rumoréa. Nada puedo asegu-

rar que sea verdad. Las Lisperguer eran tres hermanas: Magdalena, María y Catalina. Esta última fué la que dió al mundo a la *Quintrala*. Famosas las tres hermanas por sus riquezas, por su hermosura y por sus osadías. Dormían en *cujas imperiales*, catres de jacarandá, con altas cornucopias. Perezosas, sólo se levantaban cuando la campana mayor de nuestra iglesia llamaba a las diez del día. Perezosas, porque en las noches, en los ocultos sótanos, en calderas hirvientes y en matraces de raras formas y figuras preparaban sus potingues y venenos, o por medio de artes de magia y de conjuros diabólicos hacían aparecer a su presencia a brujos y duendes. Se dice que tenían pacto con el diablo y que una noche poco después de la *queda*, se vió a este en la forma de un enorme murciélago de grandes alas negras y de cuerpo rojizo que salía por la techumbre de la casa en una deslumbrante nube de amarillo de azafrán.

(El narrador hace aquí una pausa.—El aliento de la brisa agita los árboles y las hojas tiritan con un miedo desconocido. Allá, tras las tapias

bajas del claustro, se ve el Huclén escueto, desolado, como un perro gigantesco echado en la sombra. Las manos robustas de Fray Pedro, que antes fuera el más bravo alanceador de indios, están en cruz sobre el pecho, blancas en la negrura de la sotana, nudosas, sarmentosas).

--El Gobernador don Alonso de Rivera estuvo en un tris que no muriera envenenado por ellas.

FRAY CRISTÓBAL

--El obispo Salcedo también ha dicho eso.

FRAY PEDRO

--¿Cómo fué, hermano?

LEGO

--El bizarro gobernador en la plenitud de su vida, valiente entre los valientes, después de guerrear en la Frontera, vino a Santiago. La humilde capital estaba más triste que nunca con

sus trescientas pobres casas. Don Alonso, que tenía hábitos galantes, dió un baile al cual asistió la naciente aristocracia, los Oidores y sus esposas, los ricos encomenderos, el Corregidor, los cabildantes. Las hermosas y ricas Lisperguer, de blasones casi regios ya que su padre, don Pedro, había sido paje del Emperador Carlos V, fueron de las primeras invitadas. Entre los esplendores del salón de baile, entre todos los galanes sobresalía la apuesta y gallarda figura de don Alonso. Unos dicen que fué doña María, otros afirman que fué doña Catalina la que al mirarle sintió arder su corazón en amorosas ansias y que en una contradanza, temblando como la hoja del puñal que se clavó en el árbol, le dió a entender su cuita. Más, el Gobernador no pudo inflamarse en el incendio de las persistentes e invitadoras miradas. Su alma, su vida, todo lo había dejado en Imperial; ya estaba enamorado de doña Beatriz de Córdova, doncella hermosísima, pura y tímida como la luz de la luna y con un corazón de paloma. La venganza por el desaire no demoró. Doña Catalina preparó un activísimo tósigo y pagó a un criado para que lo echase en la tinaja de agua en que bebía el Gobernador.

FRAY PEDRO

—¡Santo Dios, qué iniquidad!

LEGO

—Se salvó don Alonso por milagro. Fueron acusadas las dos hermanas; pero nada pudo contra ellas la justicia, que doña María se refugió en este nuestro convento y doña Catalina en el de la Merced, en la celda del provincial, fray Pedro Galaz, y con tres indias de su servidumbre. Después el oro y el tiempo hicieron el olvido. Doña Catalina contrajo matrimonio con don Gonzalo de los Ríos y Encio, el más opulento de los encomenderos de la colonia y cuyas propiedades, que se extendían de mar a cordillera, eran como un pequeño reino. De este matrimonio nació nuestra protectora, la *Quintrala*.

FRAY CRISTÓBAL

—Hermano, no haga sorna. Nuestro señor perdonó a todos los pecadores.... Y acaso sería mejor no repetir más esas historias profanas. Trabaje en el *Cristo de la Agonía* hasta darle esa expresión de horror y de ira para que al contemplarlo ella, la joven Catalina, sienta su corazón

inundado en las aguas vivas del arrepentimiento...

FRAY PEDRO

—Pero la *Quintrala*...

*(En este momento se oye la campanilla que llama al re-
fectorio)*

FRAY CRISTÓBAL

—Vamos, hermanos.

(Se levantan los tres frailes de la banqueta y marchan. Así, con las capuchas caídas sobre la frente y con las manos metidas en las flotantes mangas de los hábitos de amplios pliegues, parecen tres sombras pensativas).

II

HERMOSURA DIABÓLICA



II

HERMOSURA DIABÓLICA

La "cuadra" en casa de la Quintrala. El estrado está cubierto con una preciosa alfombra de Chillán. En el fondo, taburetes de madera de nogal con cajoncillos de terciopelo carmesí. Mesas de caoba con chapas de metal. Dos papeleras de caoba dorada. Sofás de caoba con asientos de damasco carmesí. Espejos de Barcelona. Cornucopias con ganchos de luz. En los muros láminas de santos.

Un Crisco de talla. Es la hora de siesta. Aparece la Quintrala espléndidamente ataviada con un faldellín de tisú de oro, tan corto que deja ver el nacimiento de la gruesa e irreprochable pantorrilla. Su provocadora hermosura resalta en el marco de oro de su cabellera rubia. Va peinada con muchas y delgadas trenzas ensortijadas. Lleva un turbante o "piocha" de botones de rosas rojas y una cinta de tela de plata y oro con tembleques de perlas, rubíes y zafiros. En las orejas, pendientes de brillantes. Los dedos, cuajados de anillos resplandecientes. La garganta con cintillos de brillantes y un gran collar de perlas negras, que resaltan en la blancura de almendra de su cutis tan suave. Se detiene ante un

espejo y como si hablara a su imagen:

—Todos duermen. ¿Por qué he de dormir? Es una insoportable tiranía la que me rodea, la que me oprime. Vivo como en esas horribles pesadillas en que una quisiera correr y siente que una fuerza invisible, extraña, la obliga a permanecer inmóvil. ¡Qué fastidio! Tengo sed de amar, locura, delirio de amor, y porque quiero apagar mi sed, los ojos envidiosos me atraviesan con frías espadas y oigo el chasquido de las lenguas de víboras. Y nunca se apaga mi sed: es la de un incendio que intentaron apagarlo con chorros de aceite; así es.

(Queda un rato pensativa)

—¡Y qué no soy bella! Mis veintidos años tienen todo el encanto y la fuerza irresistible de veintidos primaveras. Mis ojos de azul profundo y oscuro brillan fascinadores. Mi garganta es una blanca colina incitante en cuyo término duermen como dos pequeños cisnes, que tuviesen la cabeza bajo el ala, mis senos fastuosos. Y mis caderas se arquean infladamente como las hamacas en

una invitación de descanso después de las fatigas... ¿Por qué si soy tan hermosa, si toda entera estoy hecha para el amor, no he de amar? ¿Por qué he de ser como el diamante en el hondón de la tierra, o como una flor en la impenetrable obscuridad de la montaña?

(Anda con lentitud y su porte es de reina. Las sonrosadas ventanillas de su nariz se hinchan voluptuosamente).

—Por fin, ya no moriré vírgen. Sé de todas las dulzuras misteriosas de la vida. Pero qué fugaces son... ¿Mis amantes? ¿Pero hay acaso alguno que pueda enorgullecerse de haber visto mis tesoros?... Infelices instrumentos de placer... No habrá un solo labio de esos que me besaron, suspirantes o locos, que se mueva para cantar mis alabanzas, mi hermosura y mi amor... Pasaron de la gloria de mis brazos a la gloria... Porque mi amor es fuerte como la muerte.

(Queda en suspenso. Luego con un ademán de desanfado y con una voz de timbres cálidos):

¡Y qué me importa esa tiranía que me rodea y

esta víbora de la difamación! Todos, unos infelices mulatos. Bien. Mis ardores son incontenibles; mi sangre es de lava, como la de mis antepasados. No en vano desciendo de la *coya* de Talagante y del paje de Carlos V, ducho en lides amorosas.... Soy como la roja rosa voluptuosa que tiembla de intenso placer cuando la besan, desflorándola, todos los céfiros...

(Pausa)

—Y mi alférez del Rey aún no llega. ¡Cuán gallardo es! Toda, toda entera me extremezco ya con la sola expectación de sus caricias. Si me parece sentir sobre mis mejillas el soplo jadeante, su aliento ardoroso de fragua.

LA DUEÑA

(Al entrar, temerosa):

—Tú eras, amita. Y vestida de gala. Sentí una voz, pero no conocí que era la tuya... ¿A quién esperas?

QUINTRALA

—Yo lo sabré. Déjame.

LA DUEÑA

—Estás muy bonita, incitante como la manzana prohibida.

QUINTRALA

(Con tono amenazador):

—¡Cuidado con decir una palabra! Si no quieres....

LA DUEÑA

—¡Oh! nó, mi ama. Mi boca no se abrirá sino para decir que eres la más hermosa de las mujeres; que si te viera el rey te haría suya.

QUINTRALA

—Si yo quisiera... Vete!

(La Dueña la mira con temor y brilla en sus ojos una chispa de odio. Se va lentamente)

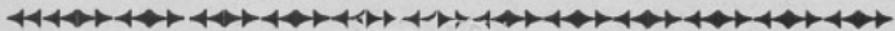
—Así, todos alaban mi hermosura y hasta las mujeres quisieran poseerme. Seduzco, fascino como la serpiente. Sé que tengo ondulaciones felinas. Más nadie se atreve a decirme que mi hermosura es diabólica y que tengo las atracciones misteriosas del abismo. Hasta las uñas ágatas de mis

manos a imanes se parecen que atraen el acero. Soy como un abierto pomo de lujuria ardiente que se va desparramando por donde paso. Me conozco bien. Mi destino es amar mucho, incendiar corazones y reducirlos a pavezcas, a cenizas heladas. Cumpliré, pues, mi destino, yo hermosa flor de maldición: amar, matar....

(Sale al zaguán desafiante, magestuosa, dejando tras de sí un perfume capitoso de alhucemas).

III

EL CABALLERO DE MALTA



III

EL CABALLERO DE MALTA

El sótano, la cámara secreta de la Quintrala donde prepara los tósigos y se da a la lascivia. ¡Cuántos nobles garzones han encontrado ahí la muerte en sus brazos! Su catre magnífico, la cuja imperial, con colgaduras valiosas de fino brocado de seda amarilla, que arrancan desde el techo en ondulados pliegues ahuecados. Hay silletas de terciopelo claveteadas de

tachuelas de plata; una legítima alfombra turquesca, dos estantes y dos mesas de carey y de concha de perla. El cielo está pintado de colores. En un extremo de la cámara, un biombo caprichosamente decorado. En una cómoda incrustada hay un bracerillo de plata con pocas brasas, casi apagadas. Un candelabro de luces. La Quintrala y Pachón, un mulato de contestura atlética.

LA QUINTRALA

—Dí la verdad. Si nó, te haré cerotear los lomos, amarrado a cuatro estacas, hondamente clavadas en tierra. Dí otra vez.

PACHÓN

—Entre dos luces, a la hora de los murciélagos, pasaba el caballero frente al palacio del Obispo. Yo que estaba en acecho, viendo que no venía un alma, mandé al Zambito que le en-

tregara el billete. Se lo entregó. El caballero pasó la vista rápidamente por él y dijo al Zambito: — Oye: dirás a quien te envía que juro por la cruz de mi Orden que primero muerto antes que faltar a su invitación.

QUINTRALA

—Ah! Sí, vendrá. Ese juramento es inviolable. Bien. ¿Sabes ya lo que tienes que hacer?

PACHÓN

—Sí, amita: estar cerca de aquí y listo para hacer lo que su mercé me mande.

QUINTRALA

—Ahora, marcha... nó, oye: ¿amenazaste al negrillo con terribles castigos si decía una palabra que tú por mi orden lo enviaste al Caballero de Malta?

PACHÓN

—Sí, amita. Pero el Zambo no sabe que era de Ud. el billete.

QUINTRALA

—Mejor. Pero no está demás que le digas que

le juro por mi padre San Agustín que si da a sospechar siquiera lo de ayer tarde, no solo le haré picadillo la lengua, sino que le punzaré los ojos con agujas rojas al fuego, hasta que se mueran... Marcha.

(Queda sola. Va hacia uno de los estantes, lo abre con una pequeña llave que estaba oculta en el muro y toma un diminuto pomo metálico. Al abrirse el estante ha mostrado sus compartimentos repletos de frasquería, almireces y aparatos de extrañas formas. Después de cerrarlo y colocar la llave en el mismo lugar, deja el pomito metálico tras el pequeño brasero de plata. Luego, contemplando complacida su tocado):

—No dirá el Caballero de Malta que no lo espero como una princesa espera a su príncipe consorte... Y estoy sumergiéndome en una piscina de deseos y mis pechos están jadeantes como dos

yeguas en celo... Tampoco dirá el Caballero de Malta que se ha muerto de amor en mis brazos... Pero me parece que tarda, que hace rato sonó la campana de la queda.

(Pausa. Se oyen suaves pasos y luego discretos golpes en la puerta)

—Entrad....

(Da algunas pasos adelantándose a recibir al que penetra a la estancia, que es el Caballero de Malta. La Quintrala así, en una fingida actitud de turbación, alta, macisa, fuerte, con la cabeza inclinada hacia un lado, como en un dulce desfallecimiento, tiene toda la gracia y la seducción de una timidez inocente delante de lo inexperto).

EL CABALLERO DE MALTA

(Con profundas y cortesanías)

reverencias al tomarle y besarle la mano, que ella con languidez le abandona)

—Señora, soy el súbdito de vuestros deseos y el esclavo de vuestra hermosura espléndida.

QUINTRALA

—Perdonaréis... Si me atreví... Yo no sé lo que he hecho. Pero os agradezco con toda mi alma.

CABALLERO

—Jamás he sido sordo a la voz de una dama. Pero os juro por la cruz de mi Orden que esta vez hubiera tratado con el diablo para adelantar dos horas, por lo menos, este instante feliz.

QUINTRALA

—Gracias.

(Y entornando los grandes y oscuros ojos azules, con una coquetería perversamente seductora y acapullando la roja boca chiquirritica, con una

voz vestida de terciopelo):

—¡A cuántas habréis dicho lo mismo!

CABALLERO

—A ninguna con más verdad y rendimiento que a la Reina de la Belleza y de mi amor.

QUINTRALA

(Mirándole de frente, ya sin disimulo, encendiéndolo en deseos, invitándolo a tomar asiento en una de las sillas claveteadas de tachuelas de plata, al tiempo que ella toma otra):

—Reina de la Belleza yo, una humilde criolla. ¡Qué burla tan grande!

CABALLERO

—Y añadís a vuestros encantos la modestia.....; sois hermosa de la cabeza a los piés, arrogantemente seductora, robusta como una escultura antigua. Sois magestuosa. Solo vuestros torneados brazos los envidiarían.... y vuestros

ojos... y vuestros labios... y vuestros senos....

QUINTRALA

(*Dulcemente*)

—¿Y qué más?

CABALLERO

—¡Ah! no me desesperéis... Yo os amo.

Ella está con los ojos semicerrados, con la boca entrecabierta, palpitantes las anchas ventanillas de la adorable nariz, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. El Caballero, en un varonil rasgo de audacia, le rodéa con un brazo la cintura. Ella, abriendo bien los ojos y con una mirada picarescamente diabólica y ofreciéndole los labios cargados con todos los filtros de la lujuria, dulcísimoamente):

—¿Y qué más?

(*El Caballero la besa con ansias*).

QUINTRALA

—¡Ay! .. Por Dios... Basta .. Me sofoco...
¡Ay! me desmayo...

(Hace como que efectivamente pierde el sentido. El Caballero se alarma al principio; pero como experto en semejantes lances, espera el fin).

—¿Veis? Soy muy... Hacedme el favor de retiraros. Voy a reposar un momento.

(Intenta levantarse, pero vuelve a caer en la silleta, y con una voz lánguida, coquetuelamente suplicante):

—Si me ayudarais... un poco... ahí, a mi lecho.

.....

.....

(Después de un largo silencio, uno como rumor de lucha bajo las amplias colgaduras del lecho, una respiración fatigo-

sa, seca; luego un ronco extertor).

QUINTRALA

(Saltando al medio del sótano, desnuda, con la cabellera en desorden, grita):

—¡Mulato! Mulato!

(Este se presenta de un salto, armado de un puñal)

—¡Nó, nó... Ahórcalo!

(En el mismo instante el Caballero rueda desde el lecho a tierra. El asesino se arroja rápido sobre él y le oprime la garganta con sus dos poderosas manos. Los ojos del caído se abren desmesuradamente y se revuelven en sus órbitas; se estiran sus piernas y después queda rígido para siempre).

Aprieta más, más... Bueno. Ya está

(Antes que el victimario la mire, ella se cubre con su larga camisa primorosamente adornada de encajes y de blondas, y de una mesita cercana toma su latiguillo con puño de oro y azota el rostro pálido, noblemente varonil del cadáver)

Regístralo. Debe tener el billete de la cita...
¿No lo tiene?... Ahora llévalo, y arrástralo si no lo puedes, hasta el medio de la calle, bien hacia la plaza

(El mulato en sus brazos potentes levanta el cuerpo del desgraciado Caballero y sale con su lúgubre carga. Ella busca en el lecho y encuentra el pomo metálico, el mismo que había puesto tras el brasero de plata, en la cómoda, y que había tomado con pasmosa ligereza al pasar llevada por el Caballero a la cuja

de sus prostituciones y asesinatos. Impasible, tranquila, como si nada hubiera ocurrido, va a guardarlo al estante. En seguida recoge y ordena las diversas prendas de su tocado, el faldellín de tisú de oro, la pretina plegada y con ricos dibujos, blondas y encajes, que le cubrían el bajo vientre, el cinturón de cintas de tela de plata y oro, el justillo de rica seda, la enagua de finísimo ruedo de finísimas puntas de encajes, las medias de seda blanca y los zapatos de seda bordados de plata con lentejuelas de oro y gran hebilla de brillantes... Después, levantando en alto los torneados brazos alabastros y poniéndolos en arco sobre la cabeza, con aire distraído y somnoliento):

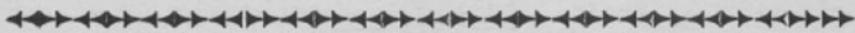
Se han calmado mis ansias, al fin. Pero ¿por cuánto tiempo?

(Luego, irguiéndose, con una sonrisa de recóndita alegría):

Tampoco el buen Caballero podrá vanagloriarse de haberme poseído.

IV.

VOZ EN EL DESIERTO



IV

VOZ EN EL DESIERTO

El canónigo don Juan de la Fuente Luarte, vicario general de la diócesis y la Quintrala hablan en el estrado. Ella, al tener noticia de la visita, se ha puesto un vestido de larga cauda, vestido que por delante le deja descubiertos los piés primorosamente calzados. Así, y llevándole la cauda un page negro, magestuosamente se ha presentado a la admiración del humilde sacerdote.

CANÓNIGO

—Dios te dé su paz y su gracia. No te pregunto por tu salud, hija mía, que veo que ella resplandece en tí.

QUINTRALA

—¿Y Ud. ¿por qué tiene ese aire compungido? Está su rostro amarillo y pálido. Y sus manos tan desfallecientes, tan blancas, parece que no tuvieran sangre....

(El sacerdote inclina la cabeza abundantemente florecida de nieve; la barba sobre el pecho. Sus labios exangües se estremecen en la iniciación de una plegaria y su vista se posa en las manos cuyos largos y finos dedos se entrelazan).

—Sí, no tienen sangre. Mire las mias, regorditas, sonrosadas.. Pero ¿por qué no habla Ud.? ¿Le aflige alguna pena?

CANÓNIGO

—Sí, Catalina, una muy grande, muy grande.

QUINTRALA

—Y podría yo aliviarla, talvez?

CANÓNIGO

—Sí, hija mía, tú, tú solamente podrías aliviarla.

QUINTRALA

—Pues, dígala Ud. luego, que no me gustan las caras tristes. ¿Quiére Ud. dinero para su iglesia, para sus lismosnas? Bueno. Yo le daré lo que quiera, oro, ovejas....

CANÓNIGO

(Interrumpiéndole, alzando poco a poco la cabeza fatigada):

—Una oveja sola, una oveja perdida...

QUINTRALA

—¿Una oveja perdida...? ¿Pues, cómo...?

CANÓNIGO

—Apacentando el pastor su rebaño, de vuelta vió que se le había extraviado una cordera y de-

jó a todas las demás para ir en su busca, en busca de la única oveja extraviada.

QUINTRALA

(Pensando intensamente):

—Ah! Ya entiendo! Yo soy aquí esa cordera, y Ud. viene a buscarla, señor canónigo? ¿Y qué hará Ud. con ella? ¿Que hará? Echársela al hombro no podría: esta oveja tiene carnes muy macizas.

CANÓNIGO

—No te burles, Catalina.

QUINTRALA

—Y el pastor está muy achacoso y debilitado por los años.

CANÓNIGO

—Corres por un camino de abominación a despeñarte en un abismo sin salida.

QUINTRALA

—Y a mí me gustan los pastores fuertes, capaces de transportarme en vilo a lo más obscuro de una caverna,

CANÓNIGO

—Teme al lobo, al lobo infernal que sigue tus pasos.

QUINTRALA

—El lobo no puede nada contra mí. Yo soy la loba de ardientes mirares; mi lengua finamente lame y mi garganta es suave como el aceite y mis pechos son más dulces que el vino.

CANÓNIGO

—Detente, detente. No injurieras tanto a Dios, que el vaso de iniquidades tuyas está colmado y que bastará una gota para hacerlo rebosar. Has ofendido a Dios con los pecados más grandes, con las injurias más horrorosas... ¡Si parece que tuvieras un corazón de dura berroqueña!

QUINTRALA

—Nó; un corazón ansioso de vida feliz, ansioso de algo que no conozco, y que busco por todas partes y siempre vanamente.

CANÓNIGO

—¿Y por eso pecas, hija mía? ¿Qué valen los

placeres del mundo? Recuerda con el Rey Sabio que dice que amontonó riquezas, que hizo palacios famosísimos por su belleza y valor, que tuvo jardines y parques, que nada negó a los deseos de su corazón, que tuvo siervos y siervas y que, al fin, encontró que todo era vanidad y espíritu de aflicción.

QUINTRALA

—Las siervas de Salomón... Y tuvo de ellas trescientas... ¡Qué rey tan vanidoso!

CANÓNIGO

—Catalina, hija mia, no lo eches a bromas y mira que por un minuto de goce tendrás una eternidad de padecimientos, y que entonces será el rechinar de dientes...

(Sigue el piadoso sacerdote tratando de infundirle pavor y arrepentimiento de sus culpas con el fuego eterno ennegrecido con el humo de la pez hirviente en los grandes calderos del infierno. Ella escucha distraída, mirando por

la ventana al patio, y parece que soñara en algo muy distante y alegre porque la cara se le sonríe y se oprime con las manos los altos senos como con una larga caricia que le arranca un hondo suspiro. La voz del sacerdote tiene entonces acentos severos):

—Eres piedra de escándalo en esta santa ciudad. Estás como una posesa. Tu lascivia y tu crueldad corren parejas sin detenerse en sus desbordes. Te has hecho abominable. Las gentes pronuncian tu nombre con espanto... Qué mal uso haces de la belleza que Dios te dió, fuente de pecado, río de lascivia, cisterna de inmundicia ...

QUINTRALA

(Frunciendo levemente el entrecejo)

—Pare Ud padre, que se desboca... ¿Quién es Ud. para atreverse a hablarme como lo hace? ¿O es que me confunde con los mulatos de su parroquia o con los indios de mis encomiendas?

CANÓNIGO

(*Imperturbable*)

—Soy un siervo de Dios y mi misión es conquistar almas para el cielo, arrebatándolas del colmillo del maldito.

QUINTRALA

—¡Y yo soy una de esas almas ..! Pero, tendré paciencia. ¿Qué quiere Ud. de mí?

CANÓNIGO

—Que refrenes tus pasiones, que no seas asesina, que te arrepientas de toda la sangre que has vertido, que acabes...

QUINTRALA

(*Conteniéndose*)

—Pero, ¿qué he hecho?

CANÓNIGO

—¿Qué has hecho? ¡Santo Dios! ¿Y lo preguntas? Pues, entonces, que lo digan primero los esclavos y los indios infelices a quienes no te ha

bastado solo azotarlos con tu propia mano, sino que les has dado tormentos inauditos; los que has ceroteado con cera hirviente, o aquellos cuyas carnes has arrancado lentamente con garfios de hierro, aquellos que has marcado, como a las bestias, con marcas de fuego en un espantoso achicharramiento de sus carnes; o aquellos a quienes has descuartizado amarrándolos a la cincha de cuatro potros salvajes; o aquellos a quienes has atormentado introduciéndoles palos aguzados, a golpes de martillo, en los dedos de los piés, entre las uñas y la carne viva; que lo digan, entonces, las indiecitas de quince años a las cuales has hecho cortar sus pechos nacientes para arrojarlos, tú misma, y a vista de ellas, a la voracidad de tus perros bravos; que lo digan las madres primerizas de tus encomiendas, cuyas criaturas les has arrebatado para matarlas tú misma, azotándolas con tu látigo de puño de oro.

QUINTRALA

(Mordiéndose los labios casi hasta hacerse sangre, con voz comprimida por la ira):

—¡Qué serie de calumnias!... Y qué valor el

de Ud. para repetírmelas! ¿Y no hay otras?

CANÓNIGO

—Valor, Dios me lo dá .. Sí; si hay más: la larga cadena de tus sensualidades. Repasa bien tu memoria y cuenta una a una tus noches lúbricas; cuenta los hombres que tentados y seducidos por tí han muerto en tu lecho con el tósigo o por el puñal... Tu tálamo es el reposorio de todas las liviandades y lo has puesto en mitad de la calle y te has mostrado en él desnuda, invitando al primero que veías, seduciéndolo con tu hermosura maldita. Como la ramera que al borde del camino . .

QUINTRALA

(Haciendo grandes esfuerzos para contenerse)

—¡Ah! Por mil diablos! No sé cómo...

CANÓNIGO

—Hija mia, calma, arrepentimiento. Dios es infinito en su misericordia...

QUINTRALA

(Poniéndose en pie y quedan-

do con el cuerpo un poco doblado hacia adelante, como quien se apronta al salto):

—Arrepentimiento... Yo la meretriz... que asesino a mis amantes de una noche o de una hora...

CANÓNIGO

—Sí, arrepíentete. Dios te lo perdonará todo... hasta tu parricidio...!

QUINTRALA

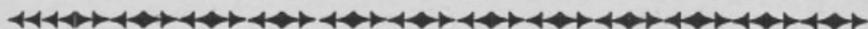
—¡Ah!...

(Da un ronco y apagado grito, se inclina rápidamente y alzando con la mano izquierda la falda de su vestido, saca de la media un puñal, que reluce luego en alto sobre la cabeza del sacerdote, que apenas tiene tiempo para esquivar el brazo asesino. Se traba entre los dos una lucha breve, rápida, hasta que el Canónigo puede desasirse y huir, atro-

*pellándolo todo en su fuga,
pidiendo a gritos misericor-
dia, misericordia).*

V.

CALIZ DE ACIBAR



V

CÁLIZ DE ACÍBAR

Doña Agueda de Flores, abuela de la Quintrala, y don Juan de la Fuente Luarte. Ella es una venerable señora sobre cuya cabellera el tiempo ha puesto su más blanca nieve. Su mirada es dulce y resignada y su voz clara y serena, como una larga queja es. Han pasado algunos años desde aquel día en que la mano sacrilega levantó contra el provisor del obispado un puñal de ira.

DOÑA ÁGUEDA

—Tiene Ud. razón: sus liviandades y su ferocidad van en aumento y con ellas mis amarguras y mi vergüenza. ¿Y qué dicen las gentes?

DON JUAN

—Aterrorizadas hablan de sus crímenes; pero en voz baja, en respeto a los oidores de la Real Audiencia. Para nadie es un misterio que algunos de ellos dejan en la impunidad sus iniquidades o porque les ciegan, sujetan y obligan los lazos del parentesco o porque ella les ha tapado las orejas con oro. Así se ha cumplido el evangelio: tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

DOÑA ÁGUEDA

—¡Qué mala sangre y qué mala entraña! Es la sangre india, talvez.

DON JUAN

—Nó; es el Diablo que está dentro de ella. Y no hay poder humano ni divino, poderoso a exorcizarla... Dios mio, creo que he dicho una blasfemia...

DOÑA ÁGUEDA

—Y pensar que Ud. estuvo a punto de morir atravesado por el cuchillo homicida!... Un ministro del Altísimo... ¡Qué horror!

(Se cubre el rostro con ambas manos y queda pensativa).

DON JUAN

—No me lo recuerde, mi señora doña Águeda, que aún me tiemblan las carnes de espanto..... Tengo fresca, luminosa en mi mente la memoria de aquella escena pavorosa... La vi encogerse y arquear la espalda y mirarme fijamente como si hubiese querido fascinarme. ¡Qué mirada! ¡Qué mirada!... Los tigres deben saltar así sobre sus víctimas, después de una vigorosa contracción retractil. Perdió, en ese instante, toda su belleza y sus facciones se hicieron duras y pálidas. No sé como tuve fuerzas para doblar el fuerte brazo que con el puñal dos veces me rozó la garganta .. Esa noche no me fué posible dormir tranquilo; varias veces desperté con la misma visión horrenda.

DOÑA ÁGUEDA

—Y yo que rogué a Ud. que diera ese paso, que tratara de volverla al buen camino. Si lo mata, yo toda la vida me hubiera culpado, y el pesar, uno mas grande añadido a los que van mirando mi vida, hubiera adelantado mi finamiento.

DON JUAN

(Después de una pausa):

—La lujuria, el puñal... lo mismo que Lucrecia Borgia.

DOÑA ÁGUEDA

—¿Qué dice Ud.?

DON JUAN

—Que hoy, más que ántes, sus ardores son implacables... Dicen que hay unas yerbas milagrosas que con solo aspirarlas matan los ozesnos del deseo.

DOÑA ÁGUEDA

—¡Si encontráramos esas yerbas! Pero su crueldad ¿cómo se la quitaríamos? Porque esta

extraña mujer experimenta alegría al hacer el mal; su placer está en ver correr la sangre, en el desgarramiento de la carne, en el crispamiento de los músculos por el dolor, en los gritos ahogados por la mordaza... ¡Qué desgraciada he sido con mi descendencia! ¡Cómo mis hijas y mi nieta han acibarado mis horas! Así mis cabellos muy pronto se emblanquecieron y las angustias se anudaron a mi garganta como víboras. Con cilicio de dolor ciñieron mi cintura y me arrojaron al fondo de un pozo muy hondo para que nadie oyera mis clamores... Y la muerte bondadosa y benigna no quiere venir en mi busca. Más, mis ojos ya comienzan a vestirse de niebla hasta que cieguen con la catarata de mis lágrimas, y apoyada en mi tosco báculo son mis pasos vacilantes; voy encorvada hacia la tierra buscando un rincón donde dormir para siempre; pero no lo encuentro porque mi vista está tan debilitada como esas lucesillas moribundas que no acaban de extinguirse completamente... que no acaban de extinguirse.

DON JUAN

(*Con lágrimas en los ojos*)

—No se aflija Ud. así. Dios tendrá piedad de Ud., de mí y de ella.

DOÑA ÁGUEDA

—De ella, nó. ¿Cómo puede perdonarle ese crimen nefando, espantable, su atroz parricidio?... ¿Que Ud. ignora cómo fué?... Don Gonzalo de los Ríos, tres veces corregidor de Santiago, estaba enfermo, y Catalina, su hija, le dió el veneno en un pollo, zalamera, acariciadora... ¡Qué horror! Yo no lo ví; pero la vieja esclava Chepina, que la divisó echar el tósigo, me lo ha jurado delante del *Señor de la Agonía*. Eso vió en el momento de entreabrir, cautelosa, por mera curiosidad, la puerta del cuarto. Después, a los primeros gritos de dolor de la víctima, huyó muy lejos... Este crimen espantoso es el que conturba más mi espíritu y porque lo callo y no lo proclamo a gritos, me parece que pesa sobre mi conciencia...

DON JUAN

Todo el mundo lo sabe, y que lo cometió, no

tanto por el ansia de heredarlo, sino para quedar libre de sus acciones, para dar rienda suelta a su infernal lascivia.

DOÑA ÁGUEDA

—Y ésta, ¿cuando se calmará?

DON JUAN

—Talvez con un casamiento.

DOÑA ÁGUEDA

—Pero ¿qué caballero querrá echarse tal sambenito?

DON JUAN

—Ella es rica, grandemente rica... No faltaría un buen hombre que con este cebo y con el de su belleza, estuviese pronto a recibirla en sus brazos... Una vez casados, podían ir a vivir por un tiempo a alguna de sus haciendas.

DOÑA ÁGUEDA

(Después de una pausa)

—No le falta a Ud. razón. ¿Pero quién se atreve a proponerle esto a Catalina?

DON JUAN

—Ud. misma, haciéndole ver su vida de crudo libertinaje, rogándole con lágrimas si es necesario... Y yo me encargaría de buscar el consorte y seducirlo con las más bellas expectativas.

DOÑA ÁGUEDA

—Lo intentaré. Dios me inspirará. Me daría por muy feliz si saliéramos triunfantes en esta empresa. Yo moriría contenta, agradecida a la misericordia divina si pudiera ver, al fin, a Catalina con sus pasiones domadas, atendiendo solo al acrecentamiento de sus haciendas en una sosegada vida marital. De otro modo, mis días seguirán siendo tristes de toda tristeza y tendré que recluirme, por vergüenza de las gentes, en lo más obscuro y solitario de mi morada, flagelada mi alma de todos los pesares y acaso maldiciendo el vientre infeliz donde se engendrara ese monstruo.

DON JUAN

—Doña Águeda, yo le aconsejo conformidad con los designios de lo Alto y esperanza en

Dios, que no se mueve una hoja sin la voluntad de él.

DOÑA ÁGUEDA

—Iré, pues, adelante, como una viejecita que soy, por la calle de las Amarguras, con mis ojos rojos y con las fuentes del llorar exhaustas, ensangrentándome los piés descalzos en los guijarros y lastras del camino; iré, pues, resignadamente expiando faltas que no he cometido, los crímenes de mi raza maldita, así,... así... ¡Oh! Señor, si tú lo quieres, aparta de mí este cáliz...

VI

IDILIO MATINAL



VI

IDILIO MATINAL

En la Ligua, una de las más ricas haciendas de la Quintrala. El sol asoma sobre el más alto de los picachos andinos como una radiosa Custodia de oro que se alzara lentamente sobre los montes arrodillados y envueltos en sus clámides azules. Los árboles, inmóviles, en una quietud solemne, sin un leve suspiro en sus follajes, parece que contemplaran extáticos el alumbramiento de

una maravilla. La laguna que se tiende como un manto de acero a la falda de una loma, se hace más brillante y de entre el verde de sus tupidos carrizales se alzan los blancos vuelos de las garzas, cuyos ojillos saltones brillan como cuentas de vidrio. Olor de romeros y de tomillos, olor de tierra húmeda, de tierra virgen, acariciador, penetrante, que hace palpar de gozo toda vida y bullir alegre toda savia y toda sangre. En los oteros lucientes de rocío pacen las sencillas ovejas. De vez en vez un suspirante mugido, temblador y largo, rompe el silencio del valle. De los techos de totora de las casuchas y de los pajares suben al cielo derechas columnitas de humo como si fueran las mismas de los sacrificios de Abel.

Frente a una de las casitas, semi ocultas entre los maitenes y los arrayanes, picotean la yerba y escarban una gallina castellana y un gallo de cuello blanco, alas rojas y cola azul arqueada, pomposa. Casi a la vera, dos jóvenes indios, dos adolescentes, con las manos entrelazadas, y se miran con dulzura. El ha visto reverdecer los árboles talvez dieziocho veces; pero es fuerte, de anchas espaldas y robustos brazos. Ella, en su cabellera renegrada, ondeada y suelta, lleva una piocha de copigües blancos y una sonrisa en sus carnosos labios rojos. Bajo el cielo azul cruza una banda de palomas.

TRARO

(Apasionadamente)

—Tus ojos están más negros que ayer, más negros. Y ¿por qué será?

MILLA

—¿Será porque tengo sueño todavía?

TRARO

—Y también están mas brillantes.

(Acercándose bien a ella, hasta confundirse sus alientos):

Y mira: dentro de tus ojos estoy yo: yo mismo; igual en los dos.

MILLA

(Poniéndose la mano al corazón):

—Aquí también estás... A ver si yo estoy en los tuyos... Sí, también; pero muy chiquitita, muy chiquitita... ¿Por qué nos veremos así?

TRARO

—Bah! Porque nos queremos. Si nó, no nos veríamos.

MILLA

—¿Y será siempre así?

TRARO

—Claro; como que me quieras tú. Pero si me dejas de querer, con las lágrimas que he de llorar se borrará en mis ojos tu linda cara y ya no estarás más en ellos.

MILLA

—Entonces yo nunca voy a dejar de quererte.

TRARO

—Yo lo mismo.

MILLA

(Después de una larga pausa)

—¿Y si la Quintrala me mata?

TRARO

(De un salto se yergue como si le hubiese picado un tábano; luego se sienta más junto a la niña y tomándole con ca-

riño las dos manos y ocultándolas entre las suyas):

—Nó: no te matará. Y si lo hiciese yo también me moriría de quererte tanto, de no verte. Pero no pienses esas cosas, amor mío.

MILLA

(Casi a punto de llorar)

—Ayer, cuando llegamos de Santiago, me pegó hasta hacerme sangre en la espalda.

TRARO

—Pobrecita! ... Para que otra vez no te duela el látigo te voy a buscar en el monte una ramita de toloy. Hay que llevarla en el pecho. Ella hace que no se sienta dolor... Y ¿por qué te azotó?

MILLA

—Por gusto, porque quiso. Dijo:—«Para que no cuentes, ni sueñes lo que viste en Santiago».—Yo le decía que nada había visto y ella siempre pegaba.

TRARO

—¿Y verdad que no viste nada?... Dímelo, tú sabes que primero me matarían antes de que te venga mal por mi causa.

MILLA

(Temblando como una azogada y con voz muy baja):

—En el sótano, en el sótano se encerraba con un caballero... A veces era un señor militar con una espada muy grande... Muchas veces, y muchas más.

TRARO

—¿Y no hace un año que se casó con don Alonso!... Pero como este lo hizo por interés de las riquezas.... Si lo sabe, se hace el que no lo sabe.

(Silencio. Los huilques y las diúcas preludian un concierto y se llaman y buscan en el corazón del ramaje. Una

brisa suave salta en las copas altas de los árboles. Cantan las cigarras incansables, borrachas de su canto. Ríe la luz en el aire y balancéa sus efluvios dorados).

TRARO

—Milla, florecita mía, te quedas como dormidita, con tu cabeza reclinada sobre el pecho. ¿Tienes sueño estando conmigo?

MILLA

—Nó; es que tengo miedo.

TRARO

—No tengas miedo de nada... Pronto nos fugaremos por esos montes y nadie nos encontrará. El Pillán ha de ayudarnos... Y entonces, cuando estemos en nuestra ruca, tú serás mi mujer y seremos muy felices, y haremos una fiesta con los amigos y correremos las tierras de los huincas...

MILLA

—Tú no irás a la guerra. Estarás con tu Mi-

lla siempre... ¿Que no será tu mujer bonita entonces?

TRARO

—Será más bonita que ahora, mucho, y yo la querré más si es posible, con un cariño más grande que todo el que puede haber aquí abajo y allá arriba donde brilla el sol.

MILLA

(Gozosa, con una voz como de arrullo de tórtola en el bosque):

—Engañador....

TRARO

—Nadie impedirá que andemos juntos allá, ni en el día ni bajo de las estrellas. Te besaré, pero no como un ladrón que salta un cercado para robar guindas... Nunca acabarán de refrescarme las guindas de tu boca.

MILLA

—Sí; allá en el mapu, en nuestro mapu, a la

sombra de nuestros altos pinares y de los canelos sagrados.

TRARO

—Entonces mis manos en las negruras de tus cabellos serán dos pajarillos en la noche.

MILLA

—Yo reclinaré mi cabeza en tu pecho y oiré que tu corazón está cantando su canción de amor, y tú también oirás en mi corazón un canto de amor.

TRARO

—Y por la mañana, a esta hora, iremos de la mano a bañarnos y nadando perseguiremos los peces pequeños de azul y de plata que se resbalan entre las manos.

MILLA

(Poniéndole los brazos al cuello y atrayéndolo hacia sí):

—Pero que sea pronto, Traro. Yo desfallezco aquí en esta tierra, siento que se me acaba la vi-

da poco a poco como una golondrina que tuviese las alitas destrozadas.

(Luego, volviendo el simpático rostro moreno hacia un lado, señala un punto lejano).

—Allá está la casita sola porque los padres murieron alanceados por los blancos, y su puerta está abierta y como si dijera:—«Hijos míos, os estoy esperando»:

TRARO

(Con resolución)

—Pronto estaremos en ella.

MILLA

(Con una vocesilla dulcemente temblorosa):

—Viérasme de noche como lloro, porque me parece que mis hermanitos, muertos tan jóvenes, se levantan de sus sepulturas y corren por todo el bosque, de un punto a otro, tiritando de frío porque van desnudos y cae la nieve, y que me llaman Millaaá, Millaaá. Yo creo que no dejarán de llamarme sino hasta que me vean allá.

TRARO

—Pues, allá estaremos pronto.

MILLA

—Oye: aún cuando yo esté muy cansada por el largo camino, mientras tú descansas, a la vera de tréboles del bosque iré y me vestiré de luciérnagas, toda entera, y luego vendré a tí, y tú al verme así te sorprenderás un poco porque te pareceré la noche estrellada que sale a tu encuentro.

TRARO

—¡Oh! querida Milla, qué buena eres! Habla más, dime más, que al hablar creo que están gorjeando todas las avecitas del bosque, y cuando mueves tus manos creo que vuelan cerca de mí todas las palomas de los palomares.

MILLA

—Ahora me voy allá. Me voy allá a hilar en la rueca el blanco vellón... ¡Ay de mí si al levantarse ella, yo no estuviera!

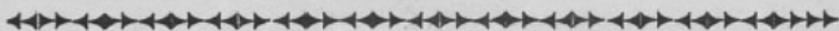
TRARO

—Dame un beso.

(Se abrazan y se besan en los labios y en los ojos. Pasa el viento tembloroso preludiando sus cantares y los tordos en el fondo del ramaje silvan alegremente).

VII

PLAGER MALDITO



VII

PLACER MALDITO

En el valle de la Ligua. Don Alonso Campofrío, mayorazgo de Alcántara. La Quintrala, su mujer. Es noche invernal. Muge airado el viento y azota con ira sobre la techumbre y las ramas de los árboles que circundan la casa. Dentro, el fuego chisporrotea y las brasas como rubies lamen con sus lenguas diminutas, amarillas y pálidas los bordes del brasero de cobre.

DON ALONSO

—¡Qué pronto se ha hecho la noche! Y está como boca de lobo. Amenaza tempestad.

QUINTRALA

—Ojalá lloviera fuego de las negras nubes.

DON ALONSO

—Esta noche me recuerda otras pasadas a campo raso en la Frontera, con el arcabuz listo para disparar o esperando sin desmontar del caballo, después de una correría de doce horas por un camino de los demonios y casi sin comer, a la indiada escondida en los matorrales, frente a nuestro rendido escuadrón.

QUINTRALA

—Otras noches. . Pero no en esta soledad, tan lejos de aquellas horas... Alonso, debo estar muy vieja? Talvez. Si me parece que el brillo de mis ojos se ha hecho oscuro y que los años han puesto ya su garra en mi rostro.

DON ALONSO

—Catalina, no pienses en tonterías. Aún eres

bella casi lo mismo que cuando fuimos al altar... Bien me acuerdo de aquella fiesta deslumbradora como en las nupcias de una princesa. Tú me diste en arras tu fortuna... Me acuerdo que en el banquete de bodas las salvillas en vez de sal tenían polvo de oro... La cuja de caoba de Honduras tenía baranda de oro. Doce taburetes de Córdoba había en la cámara y en uno de ellos estaba el faldellín de tisú de oro de veinte varas.... Tu rosario era de oro con padre-nuestros de brillantes; tu collar de perlas negras; los tembleques de diamantes rosas. Y llevabas un águila de diamantes en el nacimiento del escote, un águila.

QUINTRALA

—Dicen que tú me desposaste por amor a mi dote y no a mí misma; que por ello ..

DON ALONSO

—Dí, dí más, no te detengas.

QUINTRALA

—Que por ello... no reparaste en las historias antiguas de crímenes y de amor que me atribuyen... Y que después por eso mismo todo me lo has tolerado... Y que eres mi cómplice.

DON ALONSO

—¿Y tú no me has querido nunca!

QUINTRALA

—Al principio, nó. En seguida, sí. ¿Quieres una prueba? Ya ves que te he nombrado mi heredero universal. Y he pedido que nos entierren juntos y metidos en la misma mortaja «del padre San Agustín».

DON ALONSO

—Esa soledad, la de la muerte, como será de fría.

QUINTRALA

—¿Te mortifica también la soledad de la Ligua? A mí, poco. Santiago es insoportable. Aquí somos amos y señores y no nos llegan el murmurar de las gentes, de los españoles codiciosos, de las mulatas mordidas por la encía viscosa de la envidia.

DON ALONSO

—¿Y sabes que nuevamente te acusan de crueldades y de homicidios?

QUINTRALA

—¡Ah! bribones! Es que quieren más oro. Bueno; se lo daremos. Son insaciables... ¿Y qué es lo que dicen?

DON ALONSO

—Que mandamos a asesinar al cura Luis de Villegas, que doctrinaba nuestros indios; que tú mandaste a tu primo, el agustino, con un negro que lo matara con un garrote canteado, cuando él iba a caballo a administrar el sacramento de la extremaunción.

(Una brillante luz sulfúrea culebréa y se desgalga un trueno en los montes vecinos con un ruido que asorda. Aullan tristemente los vientos en el naranjal cercano y se desbordan las cataratas del cielo).

QUINTRALA

—¿Y no más?

DON ALONSO

—Pues, afirman que aquí aplicas castigos bárbaros a los indios, tan bárbaros que causan la muerte. Así te culpan de haber enviado al otro mundo a rigor de látigo a tres mujeres casadas, una doncella y una niña de apenas siete años, aquí en la Ligua.

QUINTRALA

—Y acaso no exageren... Pero no he hecho sino castigar sus faltas, sus desacatos, sus malos hábitos... Pero ¿por qué me vituperan mis detractores? ¿No son mis esclavos, los que he comprado con mi dinero, los que castigo? ¿No son los indios de mis *encomiendas*? Y los esclavos son tan bestias como mis potros cerriles y mis vacas bravas... Ahora yo no sé qué extraña impresión es la que siento, que me conmueve hasta la médula de los huesos, cuando oigo chasquear el látigo que se enrosca en las carnes desnudas. Siento un excolofrío que me toma desde la nuca y se reparte con una suavísima languidez por todo mi cuerpo. Y cuando comienza a colorearse la piel morena, se apresura la rapidez de mi mano hasta ver correr el primer hilo de sangre, muy delgado prime-

ro, que comienza a correr a lo largo de la canal de la espalda, o que va serpenteando por los muslos. Entonces no oigo ni los ayes, ni veo las contorsiones del dolor; no veo sino los hilos rojos y las manchas sangrientas, y, sin quererlo, la lengua mía se extiende fuera de los labios, o se recoge en el paladar, como si tuviese una sed rabiosa y ansias de lamer ahí, ahí en la sangre.... Al mismo tiempo tengo en el cerebro una sensación extrañamente agradable; una caricia que apenas me rosa, siento que despierta en mí una voluptuosidad desconocida, hasta que desfallezco y se me suelta el látigo de las manos, que se abren solas, y mis brazos se caen, y tengo que sentarme a descansar porque mi respiración se hace fatigosa como si hubiese hecho una jornada de leguas....

(Después de un rato de silencio, más horrisono rimbomba el trueno y lastimeramente aullan los vientos).

DON ALONSO

—;Qué horror!... ¿Oyes?

VIII.

EL SEÑOR DE LA AGONIA



VIII

EL SEÑOR DE LA AGONÍA

Han pasado ya algunos años desde la muerte de D. Alonso Campofrío. Sus huellas ha impreso el tiempo, que corre veloz, en la que fué hechicera belleza de la Quintrala. Los duros rizados han apagado su brillo y mortecinos y cansados parecen. La esbeltez de su cuerpo se ha quebrantado mucho. Del fulgor de sus ojos seductores en la juventud, no hay sino un permanente mirar receloso y fosco bajo los arcos superci-

liares que separan gruesas arrugas profundas. Ha venido a Santiago por breve tiempo a acallar la justicia, con la cual nunca ha dejado de estar en guerra, a sobornar oidores. Desde la cuadra, en el cuarto vecino, en los anchos sillones de baqueta repujada se ven aún sus ricos arreos de viaje: una capa de picotón doble con vueltas de rasillo de Italia, guarnecida de galón azul y plata, guantes de cordobán de Ciudad Real y un sombrero negro de Sevilla. En un ángulo de esta habitación, sobre una tarima que bien pudiera ser altar, cubierta con un paño blanco bordado y de ancha cenefa de oro, está EL SEÑOR DE LA AGONÍA, que hizo el lego Agustino Pedro de Figueroa. La Quintrala ha llegado de la Ligua con toda su servidumbre, en la mañana.

Ahora es la siesta y el sol caluroso de la canícula envuelve a la humilde ciudad en el sopor de un gran silencio.

QUINTRALA

(En el último patio de la casa, bajo un sauce que da mucha sombra, llamando):

—¡Lúcas Sopas!... Luis Barbón!... Juan Comecabras!...

(Acuden al llamado los tres esclavos y miran a su ama con una humildad estúpida).

—Barbón, ¿estás calentando la marca chica?

BARBÓN

—Hace rato que está en el fuego.

QUINTRALA

—Comecabras, trae aquí a la china, pero no le desates las manos... Sopas, cuando yo haga una señal, cuando levante el látigo, corres a buscar la marca...

(Llega después la china con paso vacilante, con las manos atadas a la espalda. Es Milla, la pobrecita Milla, completamente desnuda, con el cuerpecito lleno de cardenales y de manchones rojos. Apenas se puede tener en pie. Gruesos hilos de lágrimas corren por sus mejillas morenas. Un hipo doloroso entrecorta su aliento y la extremece toda. Dirigiéndose a ella la Quintrala):

—Aquí estás, infame.... Y se hace la que llora... Espera, que todavía no hemos concluído... Todas las mañanas a buscar al Traro. Y quien sabe qué harán estos barrabases... ¿No te tengo dicho que todas las noches me hagas cosquillas en las plantas de los piés para que pueda dormir? Y apenas comienzo a cerrar los ojos, escapas. Y eres ociosa como una vaca: hace nn año que no puedes concluir de hilar esos cuatro bellones... No te quiero matar porque te tengo lástima.

(Hace una señal con el látigo, que lleva en la mano, a Sopas. Este va corriendo y vuelve con la marca de fierro que comenzaba a colorearse. Al verla, Milla, todo lo adivina, cae de rodillas y con una voz debilitada que parece salir del pecho de un moribundo, implora misericordia y perdón).

QUINTRALA

—Amárrala al árbol, Comecabras. Tríncala desde el cuello hasta abajo, dejándole libre los pechos. Barbón, ponle bien la mordaza...

(Obedecen los esclavos y llevan a la pobre al potro del suplicio. Milla ya no llora. Sus ojos están muy abiertos, inmóviles, extremadamente abiertos. Cuando ya está amarrada al tronco del árbol y amordazada, la Quintrala quita la marca al esclavo y se acerca con una meditada

lentitud hacia la víctima. Esta la mira como pidiéndole indulto, con una mirada tan lastimosa que sería capaz de estremecer a las piedras. Ella, con la mano izquierda, toma uno de los pequeños senos de Milla y con la derecha, con la mano en alto, queda así un largo y angustioso minuto, en un refinamiento de crueldad. Luego baja la marca poco a poco hasta que la imprime de un golpe y con fuerza en el nacimiento del pecho de la infeliz, y mirándola con una ferocidad de tigre que hince la garra en el vientre de una gacela. La carne que se quema chirria y da un humo espeso. El cuerpecito de la mártir se contrae horrorosamente bajo sus ligaduras hasta saltársele la sangre en varias partes. Los

tendones, las venas de la garganta se hinchan. Después, vencida por el dolor, cierra los ojos y se le cae pesadamente la cabeza sobre su hombro izquierdo. Entonces la Quintrala da hacia atrás un salto felino, con los brazos abiertos y mira mucho tiempo a la niña, que parece muerta. Contempla en seguida la ignominiosa marca con los atributos de la crucifixión, la corona de espinas, los tres clavos... La arroja a los pies del indio más cercano y señalando a su víctima dice):

—Desátala y llévala al pajar. Está desmayada, parece o se hace... ¡Estos perros no mueren nunca!

(En seguida se encamina hacia la cuadra y entra al cuarto donde está el Señor de la Agonía. Se fija en él y se pa-

ra en seco al entrar... Parece que se hubiese hecho más grande el Crucificado. Sus manos taladradas, manchadas con sangre negra y roja tienen un crispamiento doloroso. Por el costado, el pecho y los muslos, sangre, tan roja que parece que en ese instante brotara de las heridas. La corona enseña las espinas aguzadas, amenazantes y las que se han clavado en las sienes, en la mitad de la frente, a flor de piel sacan sus puntas. Apenas se distingue el rostro con la sangre que en grandes coágulos le cubre y se apelotona en la barba nazarena. El cuerpo entero está contraído, replegado hacia arriba, combado hacia el madero, como en un sufrimiento espantoso... Pero la mirada, la mirada de sus ojos vidria-

dos, esa es la que ha detenido a la Quintrala. Hay en esas pupilas preñadas de dolor una fulgurante chispa de enojo; de ira reconcentrada, y de tal manera se confunden estos dos sentimientos, que parece que luego ha de brotar de los labios jadeantes el ¡ay! del agonizante y el anatema al pecador. Cuando más mira al Crucifijo la Quintrala, más terrible encuentra su mirada, más airado su rostro, más contraídas sus cejas por el enojo. Piensa por un segundo en el horrendo martirio que acaba de infligir a aquella desamparada creatura; pero sin una pisca de arrepentimiento... Y los ojos iracundos, amenazadores, siguen mirándola de par en par abiertos, como queriéndola aplastar, anonadarla en

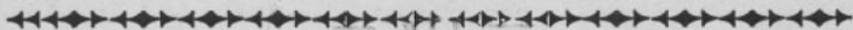
castigo de todos sus crímenes. Entonces la infame mujer se rebela contra sí misma, contra el pensamiento religioso que la asalta un instante, y haciendo un violento esfuerzo, echando el cuerpo hacia adelante, con los puños cerrados, se encara al Crucifijo y furiosa, clavándole la mirada insolente, le grita con una voz de blasfemia, gutural y ronca):

—¡Eh! Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara. ¡Fuera!

(Y le vuelve la espalda. Llama a sus esclavos y les ordena llevar a los Agustinos el Señor de la Agonía, el mismo que hoy puede verse en el templo de esos frailes).

IX

EL INOGENTE



X

EL INOCENTE

Es una mañana turbia, pesada y triste. El hijo de la Quintrala, Gonzalo Campofrío de los Ríos, en su lecho de enfermo, fatigosamente respira. El valle de la Ligua está cubierto de nieve, con sus colinas y oteros que parecen dormir bajo la blanca sábana, con los árboles inmóviles en un reposo sepulcral. Tres esclavos en la estancia del sufriente. Milla,

Lloica y Choroy, miran las paredes desoladas que se extienden más allá de la ventana entreabierta.

MILLA

(Después de un largo silencio):

—¡Pobrecito! Debe sufrir mucho. En su garganta ronca el aliento como si ahí hubiese un parche de tambor que tocase a la funerala.

LLOICA

—Aquí falló mi sabiduría de *meica*, famosa en veinte leguas a la redonda. Todas mis yerbas de las maravillas nada pueden contra este embrujamiento, ni la *trini* que florece en una grieta de bronce morado en la Cordillera, donde hace su nido el Cóndor, ni la lágrima de la luna azul que he recogido, a media noche, en la hoja roja del canelo.

CHOROY

—Y enfermó tan de repente. Íbamos trotando por la mancha de los espinos en flor... y se puso a temblar, soltó las riendas... y se caía, con los

ojos saltones, sobre la tusa de la potranca, cuando lo alcancé a tomar en vilo. Apenas pudo decirme:—Negro, llévame...

(Se hace otra vez un gran silencio. El doloroso niño, pálido como un cirio, respira con intermitencias. Suspira y su pecho que se alza, infla y abate, como si fuesen un fuelle los finos linos que lo cubren. Fuera las plumillas de nieve caen de nuevo bailoteando en el aire como millares de blancas mariposas enfermas).

MILLA

(Sobresaltada, vuelta hacia el sufriente):

—He oído que ha hablado.

LLOICA

—Nó, no ha hablado.

CHOROY

—Nó, no ha hablado.

(Una racha de viento impre visto sacude el ropón de nieve de los árboles; estos se arquean y se inclinan con una larga languidez. La misma racha ha dado un silbo agudo al penetrar a la estancia por el hueco de la ventana. En seguida todo vuelve a quedar en una calma evocadora de presagios pavorosos).

LLOICA

(Con un ligero estremecimiento):

—¡Qué viento tan frío!

CHOROY

—Es el *puelche* que viene de la Cordillera.

MILLA

—Sí... el *puelche*... es muy frío.

(Nuevo silencio. La respiración del doloroso niño se hace a ratos más ronca. Sus puños blancos con tintes amari-

llos, como los paños de un altar olvidado mucho tiempo, se han cerrado con fuerza. Las dos mujeres y el negro que los miran, se hunden en sus oscuros pensamientos, y con sus actitudes recelosas revelan miedo de algo que está por llegar ineluctablemente).

CHOROY

(Con timidez rubrica el silencio):

—Es un castigo de Dios.

MILLA

—¡Sí... castigo de Dios!

CHOROY

—Jesucristo... Señor...

LLOICA

—Si despertáramos... a la señora.

CHOROY

—Yo no me atrevo...

MILLA

—Yo no paso por ese cuarto obscuro. Parece que anda alguien ahí. Tal vez será *Ella*....

LLOICA

(Señalando al enfermo):

—Acerquémonos.

(Poniendo el oído en el corazón):

Ahora parece que el tambor sonara muy lejos... en una caverna...

MILLA

—Si rezáramos...

(Pausa)

Por la señal, de la Santa Cruz...

(La respiración del niño es más tranquila, pero más débil. Abre lentamente los ojos y los cierra, y una leve sonrisa aletéa apenas en sus labios).

LLOICA

—Parece que sonrío, Así parece.

CHOROY

(Que mira por la ventana):

—Allá... creo que viene alguien a caballo... de traje blanco... por el naranjal.

LLOICA

(Que también se ha puesto a mirar afuera):

—Sí; alguien viene a caballo... con una capa blanca muy grande, muy larga... blanca...

(En este instante una fuerte ráfaga de viento azota una puerta lejana que al golpearla suena como un gran trueno. El enfermo, como movido por una fuerza extraña, se sienta en el lecho, abre los brazos hacia adelante y cae al momento atrás sobre los almohadones diciendo con un gesto indefinible):

—Ya voy... mamita...

(En ese instante penetra a la estancia la Quintrala. Lo comprende todo de una mirada y se arroja sobre el cadáver de su hijo, sin un sollozo, sin una lágrima, como una alta roca que se desplomara silenciosa sobre arena).

XI

SOLEDAD



XI

SOLEDAD

Es una admirable y conmovedora noche de luna.

A través de unos cendales de gasa sutil se tamisa la luz azul como a través de los altos y finos ventanales de una catedral antigua. Todas las cosas del campo bañadas en esta luz evanescente tienen un encanto misterioso y espiritual, los árboles, las flores, las colinas, el lago...

QUINTRALA

(Hablando a un ser invisible):

—Qué tranquila está la noche y qué sola yo estoy... Mi hijo es el único por quién mi corazón puede suspirar. No pensé jamás que pudiese morir. Nó. El no debía haber muerto. Dos años ya de su ausencia y el hachazo que recibí aquí, en la mitad de la frente, esa maldita mañana en que ni siquiera oí que me llamó, ese bárbaro dolor aún ni se amortigua. ¡Qué grande es el amor a los hijos! Parece increíble: creo a veces que soy una huérfana extraviada en un bosque... ¿Y qué hizo el inocente para que la muerte se lo llevara?... ¡Ha sido una injusticia de Dios!

Y en esta soledad, circuída de esclavos, es decir, de bestias. Ni látigos con púas de alambres, ni marcas candentes, ni la muerte de hambre en los cepos... apenas sí las agonías que producen me causan, al contemplarlas, una leve voluptuosidad. ¿Es que acabaron para mí los placeres de la vida? Pero ¿qué placeres tiene la vida? ¿Los del amor? Engañosos son, vanos, fugaces... y hay que tomarlos en la sombra y en el silencio como el ladrón la hacienda ajena.

Al verme ahora vieja, con los senos flácidos, obesa, balanceándome al andar, yo que fuí más derecha que un huso, me enciendo en ira y me dan ganas de matar. ¡Ah! poco disfruté de mi juventud y de mi hermosura. Pero ¡cómo! si todo el mundo estaba conjurado contra mí... todo el mundo nó: la vejez, la fealdad, eternas envidiosas del amor y del placer por inalcanzables cuando las carnes se hacen blanduchas y se apaga el ardor de la sangre. Sí, predicán la castidad y el decoro cuando ya no tienen fuerzas para continuar en la crápula.

Esta noche tan hermosa es una mofa cruel a mi soledad y a mi impotencia para el amor, el único goce de la vida; para el amor, del cual han hecho un crimen y yo no sé por qué... ¡Que recuerdos de otras noches cuando también subía a los cielos, ágil y discreta, la luna con su modestia luminosa! Entonces mis cabellos eran finas espigas doradas, hoy grises hilazas de cáñamo: mis ojos azules lucientes, hoy hondas cisternas oscuras....

Ni mis riquezas ya me sirven. ¡Pero si nunca me sirvieron sino para poner muralla de oro en los oídos de los oidores.... Mis días serán, pues,

más y más negros; nó, más y más rojos, porque apuraré en carne esclava la voluptuosidad del dolor. ¿Yo sufro? Entonces que todo el mundo sufra. Mi desencanto, mi hastío, mi odio, han crecido como ríos salidos de madre.

Hermosa noche, luna de brillante plata, aurora rosada, olorosa rosa, amor columbino, me insultáis con vuestra belleza y con vuestra inocencia; y yo os odio y os maldigo. .. Mi destino ha sido amar, odiar y matar...

XII

LA FUGA



XII

LA FUGA

En un claro del bosque en donde apenas penetra el sol están los esclavos, hombres y mujeres. Algunas madres dan de mamar a sus pequeños.

ESCLAVO 1.º

—Descansemos aquí un rato, no más. El sol está alto y tenemos mucho que andar todavía para poder respirar con libertad.

ESCLAVO 2.º

—Muchas leguas yo creo que hemos andado.

MILLA

—Yo no puedo caminar más ya. Mis piernas no me sostienen; parece que las tuviese de lana

TRARO

—Mas allá te llevaré al *apa*... Yo sería capaz todavía de andar veinte leguas sin descanso.

ESCLAVA 3.^a

(Cuyo niño se ha dormido con el pecho en la boca):

—Mírenlo... ¡Pobrecito! ¿Cómo tendré valor para despertarlo si hemos de ponernos en marcha luego? A mi primer movimiento se le espantará el sueño.

ESCLAVO 4.^o

—¿Y cuántos somos?

(Cuenta)

—Pero no temamos porque saben bien todas las sendas del Bosque y talvez se nos hayan adelantado a esperar a la pasada del río...

UN NIÑO

(*Alegremente*):

—Hay un río. ¡Qué bueno! Yo paso a nado, mamita, pero si no es muy ancho.

ESCLAVO 5.º

—Y ahí nos dividiremos. Cada uno irá por su lado... A lo más, dos juntos. Así, para mayor seguridad.

LLOICA

—Yo no paro hasta el Maule, bien lejos, muy lejos de este infierno. Allá está mi *mapu*.

CHOROY

—Y ¿por qué te azotó?

LLOICA

—¿Por qué había de ser? Porque se le ocurrió al Diablo; porque dice que yo le maté a su hijo, cuando fué el *chavalongo*... Durante estos dos años que han pasado, cada mes me daba una azotaina. En la última casi dí las boqueadas. Me puso en el cepo desnuda. Todo el cuerpo lo tengo en una pura llaga.

ESCLAVO 6.º

(Quitándose la manta, muestra sus anchas espaldas cubiertas de pequeños hoyos y largas grietaduras, todo con escaras).

—Esto es que me ceroteó ella misma. No sé cómo estoy vivo.

ESCLAVO 7.º

—Así estamos todos, más o menos, hechos una compasión, una llaga pura.

ESCLAVO 8.º

—Esta mujer debe tener metido el Diablo adentro. En el último tiempo se ha hecho más feroz. Vean: anteayer se levantó las faldas y se miró las piernas y como yo estaba cerca me dijo: —«Se me han hinchado mucho y me duelen un poco. Anda a la esquila y trae al Pito». Llegó este, temblando, mirando con sus hermosos ojos verdes cargados de miedo, el pobre niño.—«Sóbame la pierna»—le dijo ella. Apenas le había pasado la mano rozándola como con una caricia,

gritó y se enfureció y me pidió su látigo y azotó al muchacho por la cara, hasta dejarlo sin sentido en el suelo y echando sangre como un Santo Cristo... Y está el pobrecito para perder los ojos... Yo creo que fué porque le tenía rabia por sus hermosos ojos verdes... Y después me dijo:—«Bueno. Tú me has mirado la pierna y mañana te tocará. Ahora estoy cansada». Y si me quedo, capaz que te mate.

ESCLAVO 1.º

—Tiene más muertes encima ese demonio que ni aún en toda la eternidad del infierno las podrá pagar.

CHOROY

—Pero como tiene oro para pagar misas por su alma, se irá al cielo.

ESCLAVO 2.º

—Nó; con sus misas y todo se tendrá que ir a los profundos. Fíjate, que azotó al Señor de la Agonía y lo echó de su casa... Esa no se la perdona Nuestro Señor.

LLOICA

—Así no más será. Porque ¿cómo no ha de haber justicia en el cielo cuando no la hay en la tierra?

ESCLAVO 3.º

—¿Se acuerdan del Comecabras? Se le pudrió la pierna porque lo tuvo tres días en el cepo, tres días con sus noches. ¿Cómo podrá ahora fugarse?

ESCLAVO 4.º

—Yo me acuerdo cuando le hizo cortar los dos párpados con las tijeras podadoras a la Ñela y que de esto se murió a los quince años... ¡Tan linda que era la muchachita!

MILLA

(Tristemente)

—Los mismos que yo tenía cuando me marcó mis pechos que nacían. También estuve a la muerte. Y todavía siento a veces punzadas terribles en uno... Quien sabe si podré dar de mamar a mi niño, si soy madre.

ESCLAVO 5.º

—Cuando se cansa de martirizar a los cristianos, se entretiene con los pájaros de su pajarera, haciéndoles saltar los ojos con un grueso alfiler caldeado. Y después se los echa a los gatos para que estos los rematen.

ESCLAVO 6.º

—Y se ha rodeado de gatos.

ESCLAVO 7.º

—Esos son los mismos demonios con los cuales tiene pacto. Ya verás como se la llevan por los aires cuando se cumpla el plazo.

ESCLAVO 8.º

—En fin, casi podemos decir que ya estamos libres de sus martirios.

ESCLAVO 1.º

—Dios lo quiera.

ESCLAVO 2.º

—¡Ah! Yo prefiero morirme de hambre perdido en el bosque, o ahogado en un río muy bra-

vo, o nevado al trasmontar la cordillera, que volver allá abajo.

(Todos dan señales de aprobación. Después un momento de recogimiento).

CHOROY

—Bien, hermanos. Ya es hora que nos partamos unos por el norte y otros por el sur. Démonos el abrazo de despedida y vamos rogando a Dios que nos guíe por buen camino.

(Se levantan e intensamente conmovidos se abrazan. Las mujeres lloran silenciosamente).

MILLA

—Hemos sido compañeros de martirios y nos recordaremos los unos a otros mientras pisemos la tierra.

UN ESCLAVO VIEJO

—Quién sabe si no es esta la última vez que nos estemos mirando.

OTRO ESCLAVO

—Dios sabrá lo que hace....

(Muchos se vuelven a abrazar y se dicen palabras de buena ventura. Las madres llevan cuidadosamente abrigados en el regazo a sus niños. Algunos esclavos, por el dolor de las heridas que se han abierto en el camino, o por el cansancio, se apoyan en gruesos palos como cayados de pastores. Traro, Lloica y Milla en un grupo se adelantan hacia el sur).

TRARO

(Abrazando a Milla):

—Chinita linda, ahora a ser felices.

MILLA

(Volviendo el rostro atrás)

—Quintrala, yo te perdono... Que te perdone Dios.

TRARO

(Hace lo mismo y grita):

—¡Quintrala, que el Diablo te lleve!

XIII

EN LA REAL AUDIENCIA



XIII

EN LA REAL AUDIENCIA

En la sala del Tribunal, en la testera hay un crucifijo de talla. Los oidores, con amplias vestiduras talaras que llaman garnachas, hablan familiarmente.

DON NICOLÁS POLANCO DE SANTILLANA

—Tenemos deber de hacer justicia. El clamor público es ensordecedor, ha llegado hasta el Rey y las quejas de las víctimas hasta el cielo. Es infame la fama de los oidores de Chile. Todos dicen que son prevaricadores, que se han puesto en almoneda; que nada pueden contra ese demonio

que anda fuera del infierno, porque los tiene amarrados a su voluntad con firmes cadenas de oro. Hace treinta años que el obispo Salcedo ha pedido una averiguación real y urgente sobre esa pavorosa tragedia con que hace treinta años doña Catalina de los Ríos insulta a Dios y a la humanidad en la Ligua.

DON PEDRO DE HAZAÑA

—Que sea última culpa de la Audiencia la provisión real que se concedió a la tal doña Catalina para perseguir a sus esclavos prófugos... Son terribles los castigos que les ha impuesto a los que ha logrado cautivar en su fuga. Su mayordomo Ascencio de Erazo y un sobrino de ella, don Gerónimo de Altamirano, han sido sus crueles auxiliares en las sangrientas venganzas.

DON JUAN DE LA HUERTA GUTIÉRREZ

—Ese escrito nos lo arrancaron. ¿No se sabe acaso que la Quintrala está emparentada con medio Santiago y con algunos oidores, y que tiene hasta en Lima valedores poderosos y en el mismo Real Tribunal? La cabeza más firme puede per-

turbarse un momento con tantas solicitudes, apremios y hasta amenazas

DON MANUEL MUÑOZ Y CUELLAR, (fiscal)

---Los procesos de doña Catalina de los Ríos, llamada por el pueblo la Quintrala, hacen ya tres buenas cargas de mula, por lo menos. Y no se ha podido sustanciar ninguno por lo mismo que se acaba de decir.

DON JUAN DE LA PEÑA SALAZAR

—¡Si Uds. hubieran visto lo que yo en la Li-gua! Después del informe del receptor de Cáma-ra, Francisco Millán, me trasladé a tomar presa a la encomendera. Los cepos, grillos, calabozos, marcas de fierros, látigos, todos los instru-mentos de los suplicios... Algunos tenían aún frescos coágulos de sangre... En pajares o estier-coleros, los heridos agonizaban en medio de inde-cibles dolores, en sus heridas purulentas, campos de dominio de gusanos y mosquitos. ¡Un horror! Y si hubieran Uds. oído lo que decía la tal doña Catalina cuando la traía yo a Santiago: belfo al-guno de negro desalmado, o de zafada peliforra brava, vomitó jamás tantos sapos y culebras.

Cuando se cansaba de sus vociferaciones, echando espumas en los cárdenos labios, «se alababa de que se había de salir con todo porque tenía dinero y los oidores eran sus amigos».

POLANCO DE SANTILLANA

—¿Los oidores, decía?... ¡Ah! se refería al único oidor, su cómplice, don Alonzo Solórzano de Velasco, este mismo descarado que se sienta al lado nuestro... que desde el primer momento se ha puesto de parte de la acusada Catalina, y que se resistió enérgicamente a que la corte de justicia enviase un emisario secreto a las averiguaciones de la Liga

PEÑA SALAZAR

—El impúdico nos hacía fuerza para que se encomendase la provisión y el examen de testigos al corregidor de Quillota, don Pedro de Iturgoyen, sobrino de doña Catalina de los Ríos.

MUÑOZ Y CUÉLLAR

—Ni ahora que la terrible encomendera se encuentra secuestrada e inhibida del gobierno de su hacienda, se detiene en sus fechorías. Ya sa-

béis que ha dado muerte a una mulata de la servidumbre del capitán Francisco Figueroa.

DON PEDRO DE HAZAÑA

—Y dice que está muy achacosa y enferma. Pero para asesinar no le faltan fuerzas.

DON JUAN DE LA HUERTA

—Ha hecho testamento y deja muchos millares de pesos a los agustinos para misas y para sus funerales, que quiere que sean regios.

POLANCO DE SANTILLANA

—¿Sufragios para su alma? Sí, ¡van a valerle mucho en las calderas del infierno!

XIV

POSTRIMERIAS



XIV

POSTRIMERÍAS

La Quintrala en su casa de la calle del Rey con don Francisco de Meneses, general de artillería y Gobernador de Chile.

QUINTRALA

—Nada tiene que agradecerme V. E. Soy yo la que estoy muy obligada.

GOBERNADOR

—Son espléndidos vuestros obsequios, de gran valor, dignos de haber sido hechos por princesas y emperatrices.

QUINTRALA

(Complacida):

—Esas joyitas valen más por los recuerdos...

GOBERNADOR

(Interrumpiendo con vehemencia):

—Joyitas llamáis, así, con desdén, a las pichas de brillantes, a los collares de perlas, a los brazalestes de oro incrustados de rica pedrería, a las hebillas de oro y diamantes, con todas las cuales sobraría para comprarse un reino... En verdad que no sé como demostraros mi gratitud.

QUINTRALA

(Con voz insinuante):

—Muy sencillamente... Así como lo habéis hecho hasta ahora; pero, talvez, con más brío. Vos lo podéis todo.

GOBERNADOR

—¡Ah! sí... Yo trataré de reducir a esos oidores que quieren vuestra ruina. En último caso se podrá recurrir a los procedimientos dilatorios, a las recusaciones.

QUINTRALA

—Ya sabéis de qué me acusan... En su mayor parte son calumnias... Sí, me calumnian lo mismo que a vos, que dicen que tenéis un genio brutal, que sois un sanguinario perseguidor de inocentes.

GOBERNADOR

—Eso dicen. Lo sabía...

QUINTRALA

(Con intención):

—Que vuestra sed de oro no tiene freno.

GOBERNADOR

(Con ira)

—¡Canallas!

QUINTRALA

—Que robáis el *real situado*.

GOBERNADOR

—¡Mentira!

QUINTRALA

—Que habéis prohibido a los tenderos que vendan lo que vendieren vuestras tiendas provistas con el *real situado*.

GOBERNADOR

—Si no las tengo...

QUINTRALA

—Que habéis hecho correr la sangre de misteriosos asesinatos.

GOBERNADOR

(*Exasperado*):

—¡Calumnial ¡Villana calumnia!

QUINTRALA

—Ya lo creo, señor; ya lo sé. Os calumnian... como a mí... Que mis esclavos, algunos, hayan muerto después del justo castigo que les he impuesto por sus iniquidades, ¿qué culpa tengo yo?

GOBERNADOR

—Ciertamente... Por eso os llaman asesina contumaz.

QUINTRALA

—Y dado caso que fuera cierto... ¿No son mis esclavos? ¿Quién no sabe que los esclavos son bestias? Y, sobre todo, ¿no me cuestan mi plata? ¿No me vale cada uno de ellos, por lo menos, mil pesos?

GOBERNADOR

—En uno de vuestros procesos, de los cuales me he impuesto sumariamente por el fiscal, se os acusa, fuera de los *catorce* asesinatos que os imputan, que a una niña de dieziseis años le habéis arrancado con tenazas los pechos, después de haberle quemado el vello del vientre.

QUINTRALA

(Con voz ronca de ira):

—¡Calumnia!

GOBERNADOR

—En otro, que a una de vuestras esclavas, cuando apenas le faltaba un mes para dar a luz, la pisoteásteis desnuda hasta que abortó, en el instante mismo, ante vuestros ojos....

QUINTRALA

(Casi en el paroxismo de la ira):

—¡Mentira! ¡Mentira! Me calumnian para sacarme oro. Vuestros oidores son unos infames, unos ladrones, infames bandoleros en cuadrilla!... Pero, señor, vos podéis acudir en mi defensa y os juro que no os arrepentiréis... ¡Ah! Esto va a matarme. Miradme, enferma y vieja. ¿Qué más años me quedan de vida? ¿Por qué, entonces, no me dejan tranquila esperar la muerte?... Señor, defendedme. Yo os colmaré de presentes. Ved que también sois víctima de la maledicencia, vos, un caballero tan gentil y bondadoso... Es que os envidian vuestra alcurnia, noble señor descendiente de los reyes de Portugal, esos mulatos, como a mí que desciendo de un noble page de Carlos V y de la princesa de Talagante... ¿Qué culpa tenemos de ser de tan alta estirpe?

(Finge un suspiro y hace una mueca fea y grotesca).

GOBERNADOR

—Como Presidente de la Real Audiencia os

prometo que tenéis en mí el más decidido valedor,

QUINTRALA

—Gracias, poderoso Señor. Y aceptadme el nuevo obsequio que irá tras de vos... Son otras joyitas y mi más rico ajuar de tejidos de Flandes y de Holanda, unos faldellines de lama de oro, otros de raso y ormesí,... todo para vuestra novia, doña Catalina Bravo de Saravia, el sol de hermosura de este reino.

GOBERNADOR

—Callad, señora. Eso es un secreto.... Bien. Lo aceptaré. Yo os beso la mano.

(Al despedirse, la Quintrala haciendo un esfuerzo se levanta de su "banqueta de Moscovia" y con tardo paso acompaña hasta la puerta de la cuadra a don Francisco de Meneses. Cuando vuelve a su sillón, queda ella largo tiempo pensativa. Sus ojos están

más hundidos, su cabello completamente blanco, su labio inferir caído. Sus manos están amarillas como el marfil más viejo. Con la cabeza inclinada y el torso arqueado, mira la tierra largamente)....

XV

HACIA EL INFIERNO



XV

HACIA EL INFIERNO

Agoniza la Quintrala en su casa de la calle del Rey, en la misma cuja de sus liviandades lejanas. El Prior de San Agustín, otro monje y una enfermera la auxilian. En el cuarto vecino, desde el cual facilmente puede oirse todo lo de la cámara mortuoria, de pie, o en los taburetes, hay hasta unos diez monjes agustinos de tétrico aspecto en tal hora, en tal sitio y con sus negras sotanas.

QUINTRALA

(Con voz ronca, entrecortada, sibilante)

—Qué dolores tan horribles... Padre... La Muerte que viene...

(De entre los cobertores del lecho surge su rostro hinchado, como una panza hidrópica, cubierto de úlceras purulentas, entre las que apenas se distinguen los ojos, aquellos mismos ojos por los cuales antaño se perdieran tantos gentiles caballeros).

PRIOR

—Súfralos por amor a Dios, hija mía. Ofrézclos en satisfacción de sus pecados.

QUINTRALA

(Roncándole el pecho con fuerza, con el sonido de una olla vieja que rasparan por dentro):

— ¡Ay!... ¡Ay!... Mi divino... San Agustín.

(La enfermera, con una rama de laurel bendito, trata de ahuyentar a las moscas que porfían en posarse en la cara deforme).

PRIOR

— Piense en la infinita misericordia, en la Bondad Divina. Si su arrepentimiento es verdadero, Dios tendrá piedad.

ENFERMERA

(Dirigiéndose al monje, muy bajo):

— Fíjese, Padre José, como le comienza a temblar todo el cuerpo. Salta de la cama.

QUINTRALA

— Es la agonía, la agonía... el Diablo que me... atenacéa, ate... nacéa...

PRIOR

(Haciendo la señal de la cruz):

— Hermana Catalina, piense en Dios...

QUINTRALA

(Tratando de levantar más alta la cabeza, después de un horrible ronquido):

—Y si Dios... no me oye... Mejor... me matara de un golpe...

PRIOR

—No hable hermana Así acrecienta su sufrimiento.

(Silencio. De repente, en el aire muerto de la noche, comienzan a doblar con lentitud las campanas del vecino convento de San Agustín. Al oír los fúnebres tañidos largos, suspirantes, desolados, la enferma tiembla de piés a cabeza e intenta abrir los ojos y no puede).

MONJE

(Al notar este movimiento de temor):

—Doblan para que las personas piadosas rueguen a Dios...

QUINTRALA

(Haciendo un violento esfuerzo):

—¡Ay!... Por mí... si nó... si no quiero... morir...! La muerte... ¡Misericordia!

(Entre una campanada y otra se oyen los lastimeros ahullidos de los perros, que despiertan sobresaltados en las huer-tas y que lloran mirando en lo obscuro las ánimas en pena).

PRIOR

—Hermana Catalina, recemos el Padrenuestro. Ud. acompaña con el pensamiento...

(El monje y la enfermera se arrodillan delante de un Crucifijo de bronce que rodean cirios).

—Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum... Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen. Ave María, gratia

plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesús.

(Pausa. Fuera, al bronco sonido de la campana mayor, responde otra chillona, filosa, que apuñaléa con su clamor de cristal la noche negra como un inmenso catafalco cuyos blandones fuesen las diamantinas estrellas. Un viento suspirante pasa tardo, aplastando las hojas de los árboles, que meditan en los siniestros presagios de la Sombra. Dentro, en el cuarto contiguo a la alcoba, ya no quedan más que tres monjes ancianos que rezan cuchicheando, temblorosas, como paralíticas, las manos abaciales).

UN MONJE

(Interrumpiendo y con voz queda):

—¿Se morirá, talvez?

OTRO

—Sí hermano. Le llegó su hora. Dicen que todo su cuerpo es una viva llaga .. Que se está pudriendo antes de las boqueadas.

OTRO

—Deja mucha plata al convento para misas.

MONJE 1.º

—Para veinte mil misas...

MONJE 2.º

—No la perdonará Dios con todo eso.

MONJE 3.º

—¡Y qué vida tan dura! Cinco horas ya que se está muriendo... Y no acaba.

*(Silencio. La muriente resue-
lla cada vez más penosamen-
te, como un fuelle roto, con
una especie de mugido apaga-
do, entrecortado, como el que
dan las reses cuando las es-
tán degollando y arrojan por*

la abierta herida los glugluteantes caños de sangre negra y roja).

PRIOR

(Leyendo en su breviario):

—Misereatur nostri omnipotens Deus et dimissis peccatis nostris, perducatur nos ad vitam aeternam. Amen.

ENFERMERA

(Leyendo al mismo tiempo el castellano):

—El Señor, Dios, Todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, y perdonados nuestros pecados, nos conduzca a la vida eterna. Así sea.

QUINTRALA

(Sacudiéndose con una violencia que hace crugir la caja, con una desesperación inaudita).

—Pero, Padre... ¿me salvaré?

PRIOR

—Sí, hija mía. Dios es infinito en su Misericordia.

QUINTRALA

(Apenas):

—¡Mi...se...ri...cordia...!

PRIOR

—Hermana Catalina, no hable. Implore con su alma al Justo entre los Justos.... ¿Quiére tenerlo?... ¿Quiere el Crucifijo?

QUINTRALA

(Alzando la cabeza y abatiéndola luego):

—Nó... no puedo...

ENFERMERA

—¿Sufre Ud. mucho?

QUINTRALA

—Infierno... Igual... Ardo...

(La enfermera se acerca a un escaparate. De un frasco vacía un poco del contenido en

un vaso que lleva a la enferma. Esta lo apura con avidez).

PRIOR

(En el breviario):

—Ab omni malo, liberanos, Jesús.

ENFERMERA

(En el breviario):

—De todo mal, líbranos, Jesús.

PRIOR

—Ab omni peccato, liberanos, Jesús.

ENFERMERA

—De todo pecado, líbranos, Jesús.

PRIOR

—Ab ira tua, liberanos, Jesús.

ENFERMERA

—De tu cólera, líbranos, Jesús.

PRIOR

—Ab insidüs diaboli, liberanos, Jesús.

ENFERMERA

—De las tentaciones del demonio, líbranos, Jesús.

PRIOR

—Ab spiritu fornicationis, liberanus, Jesús.

ENFERMERA

—Del espíritu de fornicar, líbranos, Jesús.

(Mientras van rezando lo anterior Prior y enfermera, simultáneamente, la Quintrala alza y abate su cuerpo en el lecho. Las contracciones violentas de su rostro expresan el más vivo dolor. Ahora sus ojos están bien abiertos, rojos, y como si quisieran salirse de las órbitas. Sus brazos se retuercen y crujen en sus muñecas todos sus huesos).

PRIOR

—Sigamos... Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

ENFERMERA

—Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

QUINTRALA

(Retorciéndose aún con más violencia, interrumpe a los orantes):

—¡Ay! ¡Ay!

(Trabajosamente levanta una mano como para apartar alguna cosa).

PRIOR

—Hija mía, ¿qué quieres?

QUINTRALA

—¡Qué horror! .. Veo mi vida... entera... Mis amantes, los esclavos.

(Todo esto lo dice con una voz desfalleciente, entrecortada por el hipo de la agonía, que

ya entra en el principio de su fin).

PRIOR

—No se atormente así. Llame en su espíritu a Jesús, María y José.

QUINTRALA

—Si... ya pesa... la lengua.

(Pausa. Ni un rumor afuera. Hay un gran silencio muerto. Si hasta el viento parece que ha ido a ocultarse en sus guaridas distantes. Dentro, los cirios del Crucifijo lloran hasta el suelo largas lágrimas de pálida cera. Los monjes han penetrado a la estancia y arrinconados, muy juntos, como si tuviesen miedo, hablan con la voz de las hojas nuevas los tres ancianos venerables).

MONJE 1.º

—¡Cómo sufre la pobre!

MONJE 2.º

—Sí, sufre...

MONJE 3.º

—Sufre mucho.

PRIOR

(Que ha estado un rato en muda oración de rodillas a los piés del Cristo, se levanta y en voz alta dice leyendo):

—De profundis clamavis ad te, Domine: Domine, exaudi vocem meam.

ENFERMERA

—Del fondo del abismo te ha llamado el Señor. Señor, escucha mi voz.

PRIOR

--Requiem aeternam dona eis, domine. Ellux perpetua luceat eis.

ENFERMERA

—Dadles, Señor, el reposo eterno. Y que la luz eterna los ilumine.

PRIOR

—Requiescant in pace. Amen.

ENFERMERA

— Que reposen en paz. Así sea.

PRIOR

(Después de una larga pausa, turbada por los ronquidos del pecho de la agonizante).

—Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...

ENFERMERA

—Tened piedad de mí, Dios mio. Yo que soy el mayor de los pecadores imploro vuestra misericordia.

(Silencio)

QUINTRALA

(Con los ojos demesuradamente abiertos por el espanto y con una voz apenas perceptible):

—Padre... ahí están... El Diablo... Ella...
Se ríe...

(Cierra los ojos)

PRIOR

(Haciendo la señal de la cruz)

—Padre José, la caldereta de agua bendita.

(Fray José se la dá).

PRIOR

(Rociando a la agonizante con el hisopo)

—Asperjes me hyssopo, et mundabor: labaris
me et super nivens de albabor.

ENFERMERA

—Para hacerme agradable de nuevo a vuestros ojos me rociaréis con el hisopo y seré purificado: me lavaréis y quedará más blanco que la nieve.

(Después, Prior y Monje dan comienzo de rodillas en torno del lecho a las oraciones de

los moribundos La Quintrala ya no puede hablar. Su mirada, que se va vidriando poco a poco, está fija en un punto indistinto. El labio inferior le cuelga flácido. Las gruesas venas negras de su cuello resaltan tirantes y temblorosas. Los extertores le sacuden con violencia todo el cuerpo. Sobre los almohadones que la sostienen, su cabeza se mueve de un lado a otro, a veces como si se echara atrás para esquivar algo que ella sola vé delante de sí. Sus manos extendidas, con los dedos largos muy abiertos, se van poniendo moradas, oscuras, lo mismo que su rostro ulcerado. Finas y abundantes gotas de sudor le cubren la frente. El rezo de los monjes resuena en la estancia triste, ronco y profundo, y parece

que al chocar en los muros rebotara en ecos largos y gimientes sobre los cuales cayeran los ronquidos de la moribunda como en una hamaca de desesperación y de angustia. Fray José ha puesto el crucifijo sobre el pecho de la agonizante y el crucifijo se alza y se baja siniestramente, y a veces cae a un lado, con los penosos estremecimientos del cuerpo, que se debate en su dolor inenarrable. Los cirios, que tienen largos pábilos negros, amortiguan su luz y así visten de pavor la cámara lúgubre. De improviso se retuerce la muriente bajo sus vestiduras, que se engloban en las rodillas, al encogerse estas, se corta en seco su exterior, como una piedra que cae en un pozo; se estira con fuerza y ya no alienta más, inmó-

vil. En este mismo instante uno como resplandor de incendio viene de la pieza vecina. Uno de los frailes, consternado con el horror de la dolorosa agonía que ha visto y semi asfixiado con el hedor de la carne putrefacta, anticipadamente, sale y mira, en la cresta del Huelén, por la ventana sin vidrios, la luna roja, el astro que sale muerto y sangriento....

En el punto mismo en que otro monje acude a respirar el puro aire, un grito ronco, gutural, un gruñido espantoso da la Quintrala, que ya creían cadáver. Van a ver a esta que desesperadamente se retuerce en el lecho, con los ojos fuera de las órbitas, teñidas de sangre, con las manos crispadas, que intenta en un

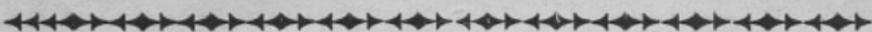
esfuerzo ultra-humano salirse de la cuja. El Prior y los demás tienen que valerse de todas sus fuerzas para sujetarla. En esta lucha inaudita ha logrado sacar fuera las piernas, que se ven hinchadas, llagadas, cubiertas de lacras, con los dedos de los piés totalmente negros y encorvados como garras de buitre. Por fin, queda vencida; pero sigue el gruñido constante, cortándose a intervalos por largos suspiros, después de los cuales, cuando parece que todo ha terminado, renueva su estridor el pecho y arroja por la boca espumarajos amarillos. Sus manos se abren y se cierran como si estuviera estrujando, desgarrando con ira. Su abundosa cabellera gris, que le circunda el rostro, esparci-

da en desorden como un marco de extrañas víboras. La enfermera, los monjes están más muertos que vivos delante de esta muerte horrorosa, que batalla largamente con su guadaña, sin filo y con dientes de sierra. Más, poco a poco cesan las convulsiones, el jadear de perro hidrófobo, y se hace el aliento débil. Después, volviéndose la moribunda violentamente hacia el lado del rincón, choca la cabeza contra el muro, da un suspiro que parece el desgarrón con que se rompe una vejiga inflada de aire, se escapa de su boca un chorro de aguaza sanguinolenta, y muere...)

PRIOR

(Arrodillándose):

—Miserere mey, Deus, secundum magnam misericordiam tuam....



EPÍLOGO

Los funerales de la Quintrala, en el templo de San Agustín, fueron pomposos. Se enlutaron las naves, altares y columnas. Dos millares de cirios se consumieron en medio de los cantos litúrgicos y de las preces de difuntos, mientras las misas fúnebres se oficiaban. Más de cien monjes de todos los claustros de Santiago, junto con los canónigos de la Catedral y las cofradías de la Candelaria, la del señor de la Agonía, la de Cinquipirá, la de los Reyes Magos (estas dos últimas eran de negros), la de Copacabana, la de San Benito de Palermo, la del niño de Jesús y de Belén acompañaron al ataúd a la tumba abierta al lado del Evangelio del altar mayor.

Al pie de la sepultura se instalaron en oración, mañana y tarde, los agustinos con sus galas rituales, relevándose de hora en hora. Así cumplieron con su decidida protectora los cincuenta y dos frailes de la hermandad. Las campanas doblaron todo el día, pidiendo a Dios clemencia para la que en vida había sido bestia de lascivia y asesina contumaz.

Ese día de los funerales fué triste. Una niebla espesísima cayó sobre la tierra. Y en ese sudario blanquísimo resonaban las campanadas opacamente.

Cuando el templo de San Agustín quedó desierto, ya concluídos los oficios, se oyen ruidos extraños, golpes de puertas que se abrían y cerraban solas, largos roces de túnicas invisibles y hasta cuchichear de voces en los ángulos oscuros. Los sacristanes que iban a apagar los cirios, huyeron despavoridos al notar que estos se apagaban solos con una ligereza de prodigio. Y dijeron que en su huida hasta en sus rostros habían sentido unos alientos de fuego.

Como estas cosas eran del Enemigo, la Comunidad entera, con el venerable Prior que la presidía, acudió a exorcizar a toda la iglesia, rociándola.

la de agua bendita y diciendo las palabras sacras que tienen la virtud de hacer arrancar a los demonios. Entonces fué cuando todos sintieron un sordo rumor de alas pesadas que se agitaban para salir por los abiertos ventanales del campario.

A la media noche, en el templo de San Agustín, se vió una cosa estupenda. En la nave central, completamente iluminada con una luz violácea, los Diablos congregados habían puesto en el catafalco el cadáver desnudo de la Quintrala. Por permisión de Dios le habían quitado el hábito bendito de San Agustín, que la amortajaba. Así como por la misma permisión de Dios habían penetrado en la iglesia para sacarlo de su sepultura. Y después de azotarlo, de cerotearlo y de marcarlo con hierros ardientes, se lo llevaron a los profundos infiernos.

El sereno de la calle del Rey, a quien encontraron al amanecer sin sentido y echando sangre por boca y narices, contó que había visto como a dos mil diablos que, saliendo por la techumbre del templo de San Agustín, con una algazara espantosa y hediendo a azufre, se llevaban a la Quintrala. Decía el pobre hombre que uno de esos de-

monios mal intencionados, con la punta de una de sus formidables alas de murciélago, le había dado un recio golpe en el rostro que lo había aturdido.

Desde entonces que la Quintrala está suspendida de un cabello en el boquerón del Infierno, sin caer, eternamente.

FIN.